

DONDE ARRAIGA DESTIERRO

José Manuel Ramón

TRILOGÍA DE LA REENCARNACIÓN | VOL. 2

Prólogo de
Anna Rossell

ARS  POÉTICA

DONDE ARRAIGA DESTIERRO

José Manuel Ramón

DONDE ARRAIGA
DESTIERRO



José Manuel Ramón

DONDE ARRAIGA DESTIERRO

Trilogía de la reencarnación

Vol. 2

Prólogo de
Anna Rossell

colección
| ARS NOVA |

ARS POETICA
boutique de poesía

Donde arraiga destierro
José Manuel Ramón

Colección:
ARS NOVA

Dirección editorial:
Ilia Galán



© 2020 José Manuel Ramón
© 2020 Anna Rossell (del prólogo)
© 2020 ARS POETICA (de la edición)

EntreAcacias, S.L.
[Sociedad editora]
c/Palacio Valdés, 3-5, 1ºC
33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)
Tel. (centralita): (+34) 984 300 233
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1^a edición: noviembre, 2020

ISBN: 978-84-18536-02-1
Depósito Legal: AS 01268-2020

Impreso en España
Impreso por Podiprint

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A mi padre
y a cuantos familiares y amigos habitan lo invisible,
con quienes sigo compartiendo tanto.*

«A los hombres les aguardan una vez muertos
cualquier cosa que no esperen ni se figuren».

Heráclito,

Razón común, fragmento 134 (27 DK)

EL POETA, DEMIURGO Y CRIATURA

por Anna Rossell

Mucho se ha dicho, con razón, que sin desazón no habría arte. La expresión artística es una forma de canalizar el malestar, de hacer duelo, un modo de rastrear lo ignoto. El poeta, como artista que es de la palabra, se define así como explorador a través de la palabra. El verdadero poeta es un indagador; una inquietud insaciable lo reclama. Nada puede apagar su sed de saber, de descubrir lo que intuye en lo recóndito como reliquia de una luz arcana, no por tenue menos poderosa, o precisamente más poderosa porque solo es tenue. Esta sutil porción de luz, de verdad, de conocimiento, sirve de faro al espíritu ávido para recorrer el sendero que le conduzca a más conocimiento, un sendero infinito en nuestro recorrido vital por este mundo, que para el creyente no se agota con la muerte. Quizá fuera la intuición de trascendencia la que hiciera exclamar a Goethe en su lecho de muerte «¡Luz, más luz!».

No hay duda de que *Donde arraiga destierro* emana de la zozobra. La poesía de José Manuel Ramón se debate entre la

estrechez inherente a la humana naturaleza y el anhelo de superar los límites impuestos por ella, que la voz poética intuye como una existencia libre y en sazón. Hay en estos poemas de Ramón una dimensión trascendente que deriva del profundo desasosiego al que no se puede sustraer la voz, y aquella es, con todo el dolor que transita el poemario, su esperanza.

Y si bien desde un estadio diferente –desde su estadio tangible–, cuando el espíritu es sensible, el ser humano es capaz de percibir esta trascendencia y hasta de comunicarse con ella. Ya la dedicatoria que abre el poemario lo anuncia: *A mi padre / y a cuantos familiares y amigos habitan lo invisible, / con quienes sigo compartiendo tanto.*

Los capítulos en los que el autor divide el libro auguran el recorrido al que se entrega el poeta: *Estigmas*, *A ras de hierba*, *El bosque que somos* y *La vasta dimensión*. Y las citas que acompañan previamente los poemas iluminan, como si de un subtítulo se tratara, la materia que el sujeto poético pretende abordar. Así tras *Estigmas* leemos un pasaje de Yves Bonnefoy (*El territorio interior*): «¿ [...] no es el ser algo inacabado, y el canto oscuro de la tierra menos un esbozo por estudiar que por continuar, la clave faltante menos un secreto que una tarea?». A esta tarea se libra Ramón, a la búsqueda de la clave faltante para completar el ser. Y la voz poética la

busca en su territorio interior, un ejercicio introspectivo que, lejos de agotarse en lo personal, define en términos universales las flaquezas y limitaciones de la naturaleza humana. A las palabras de Bonnefoy siguen otras de Allan Kardec: «¿Podría el hombre con su esfuerzo vencer siempre sus malas tendencias? —Sí, y a veces con poco esfuerzo; lo que le falta es voluntad. ¡Ah, qué pocos de vosotros os esforzáis!» (*El libro de los espíritus*).

Estas malas tendencias se nos manifiestan en forma de estigmas con que la naturaleza marca al humano, lo condiciona y lacra causándole continuo desasosiego. Ello se traduce en la caída reiterada en errores, un proceder que la voz poética presenta ora como determinismo ora como, quizás — solo quizás —, evitable: « [...] // conciencia del error / turbión terreno como estigma / que en mi costado escampa / a diario // [...] / oh servilismo que en falso cauterizas / cuantas heridas el corazón / reabriera // [...] » (*Estigmas*). « [...] // poder elegir / génesis o credo informe / que retarde cualquier atisbo / de comprensión / mayor // íntima / esfera de libertad / ¿nuestra? » (*Estigmas*). Con frecuencia el sujeto poético se percibe como títere cuyos hilos moviera mano invisible a la que no se puede sustraer: «bajo / este títere de humores / congoja sigues latiendo de / flema y lluvia / socavado // [...] » (*Estigmas*). El humano cristaliza en

la contradicción que con poética y exacta expresión da a entender el oxímoron que sustenta el título del poemario: es tierra abonada donde indefectiblemente arraigará destierro.

Este destierro es un obstáculo al amor, que nos redimiría si le diéramos opción: «¿en qué soplo / estallará la negrura / qué cercanía infundirá calor / con qué manos qué certezas / a cuánto amor –desterrados– / renunciaremos? // ¿cuándo / la libertad? // [...]» (*A ras de hierba*). Obstinado, el humano reincide: «ufano rehén / este estado toca a rebato / poseído de miedos y traiciones / al más mínimo / contra / tiempo // [...] // por desgracia / sobre el suelo rige lo accesorio / oh ingente peso específico / –todavía / nuestro» (*A ras de hierba*). Pareciera que su condición de individuo fuera obstáculo al nexo, al acercamiento amoroso que, en comunión, proporcionara la armonía: « ¿cuándo reencuentros / con qué deudos patrón o lazos / sin desdén memorable / a qué otros? // donde madre / hermano do amigos hijos / ¿qué mestizaje liberará al ser / marcando el tempo del conjunto / como vibraciones de h / ermético / diapas / ón / ? // [...] » (*A ras de hierba*).

Los intrincados vericuetos que con sus múltiples condicionantes transita la conducta humana se plasman en la imagen de *El bosque que somos*, que José Manuel Ramón refuerza con la cita de Ted Hughes: «Nunca miro las rocas ni los árboles,

pues me aterra lo que ven» (*Wodwo*). Con ella anuncia la voz poética el terror que produce la visión de nuestra imagen y el vano intento de trascender nuestra inclemente y desabrida esencia: «como / inocencia perdida / con las manos ensangrentadas / del corazón / gote / a neg / rur / a // ¿por qué / encarnar cualquier trascendencia / si este terco alquitrán embute la hinchazón / de las venas oscureciendo / la llama? // [...] » (*El bosque que somos*). Empeño en que, no por estéril, el humano ceja: «lenta / esclusa abriéndose / al ser / un encontrarse a s c e n d i d o / descendido / por recónditos canales / donde en encarnizado duelo pugnan / con vehementia amor y odio / hasta la extenu / ació / n // como vínculos / p e s p u e s t o s por seculares taludes / donde descubriéranse exceso y carencia / braceando en irresistible corriente / hacia el despertar» (*El bosque que somos*).

El sujeto poético parece intuirse en otra arcana vida más perfecto, como si en su actual estadio conservara un rastro de aquella memoria, como si, sombra de aquella antigua existencia, hubiera quedado en un limbo entre distintos mundos: «frontera / entre mundos posibles / qué místico llamado prende / como incienso nuestro / la amerada semilla / de otra real / idad // [...] » (*El bosque que somos*), que se nos presenta « [...] // como / sístole de la conciencia / desbordando heterogéneos diques de huesos / en donde la

memoria se nutriera / con lentitud // descarnado / festín vestigios no advertidos / en tiempo –la estirpe / verdadera» (*El bosque que somos*). La voz poética transporta consigo la intuición –como «sístole de la conciencia»— de esta existencia anterior, se nutre de esta fuente de conocimiento, un bagaje del que conserva una vaga memoria, la huella que se traduce en la percepción de diversas dimensiones, plurales realidades entre la alucinación y lo tangible. Vidas de naturaleza poética, que se constituyen y transcurren en la inmaterialidad lírica y cristalizan en poema. El demiurgo se resuelve a su vez en criatura; su poesía crea un mundo y estructura su propia existencia. José Manuel Ramón corrobora esta impresión cuando concibe este libro como la segunda entrega de su *Trilogía de la reencarnación* (*La tierra y el cielo* sería la primera).

Más implacable ha de ser el calvario cuando, aunque fuera solo por un instante, se vislumbra la conciencia de que la voluntad pudiera conducir nuestro destino: «no haya duda / no hay determinismo / que anule albedrío al alma / porque atávicas heridas / nos enloquezcan / de cólera // cuánto dolor y esfuerzo / y tan ajenos a la vasta dimensión / qué pronto envejece el cuerpo / y qué insuficiente una vida / para tamaña empresa / evolutiva» (*El bosque que somos*). Y, sin embargo, como parte que somos de la naturaleza, que en

el poemario, desprovista del artículo, adopta forma de nombre propio: *natura*, nos instalamos en el autoengaño, seguimos en la ignorancia voluntaria, caemos y recaemos, nos impulsamos en movimiento circular, como en rueda de hámster, sin avanzar: « [...] // como aurora / que se prodiga con frugalidad / nos entregamos a fuegos cíclicos / renovando votos con / natura // desolado / entre vísceras y fluidos / el no-saber postrero» (*El bosque que somos*).

En su autoanálisis reflexivo sobre la índole de la naturaleza humana, la voz poética tampoco da ninguna oportunidad de rescate a lo azaroso: «si obrase / azar ¿qué haría distinto a / idénticas moléculas / fibra y hueso? // voluntad / de ser sobre el caos / pese a que indistintos asumiésemos / de eterno sueño elucub / raciones // [...]» (*El bosque que somos*).

Y no hay contradicción cuando al final se vislumbra esperanza, pues Ramón hace suyas las palabras de Ernesto Cardenal: «Consideremos que es científico decir / que con la conciencia no termina el ciclo de la evolución / y habrá algo más por delante» (*Cántico cósmico*). Con ellas abre el último capítulo de su poemario. *La vasta dimensión* que ha de hacer-nos libres parece accesible (o al menos visible) solo con el traspaso, la partida a una magnitud distinta: «hartos / de morder negruras / con las cuencas contra el suelo / cansa-

dos de muros que derruimos / y levantamos con desaforada vehemencia / del miedo nos zafaremos para ver / sobre la nieve sucia su carne / tumefacta // y al fin / aquello que pudiera hacernos / inocentes / y / l i b r e s» (*El bosque que somos*). Ello no obsta para que, aún desde este lado, percibamos destellos fugaces de tal dimensión y el sujeto poético nos exhorta a salir de nuestra *entallada existencia* y a solazarnos en ella: «¿por qué / obviar este pálpito del pensamiento / y junto a los prodigios pasar / soslayando señales sin / procl / amarlos? // ¿no aliviar / la ceguera de espíritu / porque rebase nuestro círculo / cotidiano? // [...]» (*La vasta dimensión*).

El sujeto poético explora la posibilidad de experimentar la Nada tras la muerte, pero se inclina a imaginar otra forma trascendida de ser: « [...] // qué desolación / cuando la nada no es la nada / o si para entonces no-ser / no sea posible» (*La vasta dimensión*). Y prosigue más adelante: «otros / grados de conciencia / aún –*barqueros de nosotros mismos*– / latencia que animara lo orgánico / tras la formación de / este planeta // sin duda / los habrá // [...]» (*La vasta dimensión*). O la repetición del ciclo en una suerte de reencarnación en la misma dimensión terrena: « [...] // renacer / morir de nuevo / nacemos y morimos / y nuestra naturaleza reanudamos / tocados de sensible / olvido // [...]».

Pero José Manuel Ramón no solo explora a través de la palabra, no solo busca sentido *con ayuda de* la palabra como herramienta, también explora la palabra misma. Sabedor de que hay conocimiento más allá del lenguaje verbal que nos hemos dado los humanos, destruye la gramática ortodoxa para exceder los límites impuestos por el verbo cotidiano. Y si bien esto es inherente a cualquier poesía de calidad, Ramón extrema el juego con la palabra hasta las últimas consecuencias.

No le interesa la rima ni la métrica, escribe en verso blanco para centrarse en otro tipo de experimentación. Su poemario viene a ser, de hecho, un único poema en el que cada aparente unidad puede leerse como una continuación de la anterior o encadenarse con la estrofa siguiente. Siguiendo similar estrategia, para conseguir pluralidad de posibilidades significativas o ambivalencia, elimina los signos de puntuación de todo tipo, con excepción del signo de interrogación y el guión largo; utiliza asimismo con igual fin el vacío entre palabras para instalar un silencio reflexivo. Ramón juega con las vocales para provocar en el lector asociaciones nuevas, en ocasiones contrarias a las literales, convocándolas las dos al mismo tiempo: «el cuerpo padece de alma» vs. «el cuerpo *carece* de alma». También el hipérbaton (sobre todo la histerología), su figura retórica de preferencia,

le sirve a tal objetivo. El «distanciamiento», que Bertolt Brecht, el dramaturgo alemán, utilizara para sus piezas de teatro épico, le viene como anillo al dedo a la experimentación lingüística que aplica Ramón a su poesía. El «efecto sorpresa» que persiguiera el innovador autor teatral para desencadenar preguntas en el espectador e iluminar la comprensión a partir de lo no habitual, de lo desacostumbrado, tiene en la poesía del autor su correspondiente formal en el arte poética: asistimos a la deconstrucción de la gramática en sus niveles léxico, morfológico y sintáctico, y juega con la imagen óptica en la disposición de las estrofas al estilo de la poesía visual.

Donde arraiga destierro es un reto intelectual de altura. José Manuel Ramón no se lo pone fácil al lector. Tampoco a sí mismo.

El Masnou, 02/03/2020

ESTIGMAS

«¿Después de todo, no es el ser algo inacabado, y el canto oscuro de la tierra menos un esbozo por estudiar que por continuar, la clave faltante menos un secreto que una tarea?».

Yves Bonnefoy,
El territorio interior

«909. ¿Podría el hombre con su esfuerzo vencer siempre sus malas tendencias?
—Sí, y a veces con poco esfuerzo; lo que le falta es voluntad.
¡Ah, qué pocos de vosotros os esforzáis!».

Allan Kardec,
El libro de los espíritus

soledades
arrastro de madrugada
sendas perdidas que intento transitar
de nuevo pero el humo irrumpie
postra el sentido

no es posible
hoy más alma

oscura redención
que a fuego marca incertidumbres
desde la tierra quemada
que procura

afronto lo cotidiano
con ojos distintos a los de ayer
delgado vislumbre que la desazón
acrecienta

conciencia del error
turbión terreno como estigma
que en mi costado escampa
a diario

oh vileza
ácido fermento
recubriendo huesos y arterias
oh servilismo que en falso cauterizas
cuantas heridas el corazón
reabriera

vestigios
de un adusto
pasado

ante tan humana
insensatez protejo quimeras
y abrazo vigilias cuando *el alma dormida*
aviva como tocada por una misión
acarreo presencias certezas
que recalán en remotos
e inmateriales
ancones

¿a qué llorar
la intransigencia de tanta pérdida
para acabar devorando el pan caliente
de los huesos sorbiendo
el humeante vino de
la memoria?

sólo el amor
restituirá antiguas ofrendas
apagando de un soplo el pábilo
al dios fugaz de los
sentidos

entonces
sobre los páramos descenderá
la confusión — feroz ensimismamiento
en códigos vacíos tras dolorosas
jornadas de
estiaje

oh cielo
moteado de ocelos
esquivo animal infestado
de sobrecededoras
heridas

qué hostilidad
si desconcierta la búsqueda
qué sanguinario énfasis qué ira
cuando se repudian ideas
desde el raso de la igno-
rancia

– tan culta

a veces

no se
recorre camino ajeno
aunque pretendamos soldar lo
que no se une

poder elegir
génesis o credo informe
que retarde cualquier atisbo
de comprensión
mayor

íntima
esfera de libertad
¿nuestra?

este tañer
evoca otras moradas
alma como gota a piedra
cincelando improbas estaciones
para que agotado escampe
el tenebro del instinto
la embrionaria
conciencia
de ser

un jalón
de cipreses acota lo muerto
como si bajo la lluvia demorase
yerros la costumbre

o sella el duelo
galopante verde extensión
como si nunca agua se retrajese
a la porción mínima
del brote

ah secreta
conquista